Papá ha muerto

Papá ha muerto

Raquel Robles

FACTOTUM
EDICIONES

Robles, Raquel
Papá ha muerto / Raquel Robles. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2018.
160 p. ; 23 x 14 cm.

ISBN 978-987-4198-14-3

1. Novela. 2. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A863

© Raquel Robles, 2018

© Factotum Ediciones, 2018
Pasaje Rivarola 169 (1015)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

Primera edición, 2018

Coordinación editorial: Leila Gamba
Foto de tapa: Retrato de Ernesto "Che" Guevara en el billete de 3 pesos cubano.
Retrato de autor: Sebastián Miquel
Diseño de maqueta: Renata Cercelli
Asesoría gráfica: Aldo De Losa
Composición de interior: Brenda Wainer
Corrección: Lucila Schonfeld

ISBN 978-987-4198-14-3

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Para Juan.
Sin él ninguna revolución tendría sentido.
Sin él la derrota sería siempre final.

A las niñas y a los niños de mi vida. Ojalá puedan con este mundo mejor de lo que pudieron mis padres, mejor de lo que he podido yo. Ojalá entiendan que vencer no es un lugar en el futuro: es una ética. Vencer es seguir intentando, de otras maneras, de cualquier manera, siempre.

Padre, padre ¿por qué me has abandonado?
Mateo 27:46

Primera vez que estás solo. Segunda vez que estás vivo.
Fernando Cabrera

Siempre se narra la historia de un viaje o de un crimen.
Qué otra cosa se podría narrar.
Ricardo Piglia

-Papá está enfermo. Se solicitan instrucciones.
8 de octubre de 1967, La Higuera, Bolivia.

-Papá ha muerto.
9 de octubre de 1967, La Higuera, Bolivia

1

¿Usted está segura, mami, de lo que está haciendo? Yo sé que es Navidad y todo eso, pero la carretera está llena de soldados y cualquier vecino la mandaría a usted a la cárcel por el dinero de la recompensa. El papi ya estuvo preso por este asunto y acuérdese cómo lo golpearon. Yo no digo que no lo merezcan, se ve que es gente buena, pero usted tendría que haberme avisado y por lo menos no venía yo con los niños. Doña muele maíz. Su hija le ha salido más alta que los varones. Más alta que todas las niñas de la escuela. Más alta que Víctor aunque es cierto que él tampoco es alto. Cada vez que la mira así, tan distinta, piensa en el padre de la niña. En el agujero negro que es ese padre. Había tenido terror de que saliera blanca, de ojos transparentes, como el Jesús de las estampitas que daban en la iglesia. Qué alivio había sentido cuando la vio así, marrón, de ojos achinados y oscuros como ella. Pero después empezó a crecer y a ponerse alta y entonces el alivio se había convertido en una espina hincando en el recuerdo. Cada vez que la miraba se acordaba de él. Quién sabe dónde andará, qué otras muchachitas habrá enamorado para luego dejar sin siquiera un saludo,

qué otros corazones habrá quebrado con su pelo crespo de color del pasto seco. La hija la mira con impaciencia y Doña teme haber hablado en voz alta. Le sucede a veces. Cree que es por eso que la niña parece saberlo todo. Y si no es por eso habrá sido porque la hija le ha salido muy inteligente, tan inteligente que sin haberlo hablado nunca, igual sabe todo. M´hijita así son las cosas. Está la gente buena y está la gente mala. A la gente mala no hay que darle ni agua y a la gente buena, todo lo que uno tenga. Su papá está convencido y yo también. Usted es dueña de pegarse la vuelta si no quiere tener que ver con esto. Los niños están sentados en el suelo de tierra apisonada. Los dos, una que apenas aprendió a gatear y el otro que ya sabe pararse solo, le llenan de babas las piernas a la hija. ¿De dónde son, mami? Los seis hombres ocupan un espacio enorme en la pequeña casa. Tratan de no incomodar pero todo lo alteran con su presencia extraña. Las armas están siempre al alcance de la mano y de tanto intentar no mirarlas la familia las ha vuelto más grandes y más mortales. Todos han sido convidados con tortitas de maíz y cada quien se come la suya y la disfruta a su modo. Tres conversan en un rincón, uno está apostado contra la ventana, otro busca alguna cosa en su mochila y contra la puerta hay un hombre solo. Es un hombre negro. La hija nunca ha visto a un hombre negro. Marrones, sí, blancos también. Pero negros, nunca. ¿De dónde son, mami? Si usted quiere pregunte, m´hijita. Yo, lo único que sé es que entienden nuestro sufrimiento y quieren acabar con él. No lo van a lograr. Nadie lo va a lograr. Pero por eso mismo es que son gente buena, porque igual lo intentan. Así que a mí no me importa de dónde son. Yo solamente escucho si me quieren hablar. Arrímese a ese de ahí, al negro. Si se queda un rato en silencio de seguro que él le va explicar. Explica lindo las cosas ese de ahí.

La hija hubiera querido quedarse en silencio. Lo ha intentado, pero no sabe estar mucho tiempo callada. No es como su madre ni como sus hermanos. Tampoco como su padre. A lo mejor porque es alta o porque vive en la ciudad o porque lee libros y revistas. El hombre negro también debe leer porque escribe. Aprovecha el cobijo de la casa y escribe en su cuaderno de tapas verdes. La hija se ha sentado a su lado y le ha ofrecido una tortita de maíz, así que ahora ha cerrado el cuaderno y come con dedicación. Se ve que el hombre ha comido muy salteado. Está flaco y su ropa es peor que ropa de pobre. Parece haber sido atacada por un tigre y después embarrada al borde del río y después secada en el desierto y más tarde arañada por los cardos. Los zapatos sólo pueden llamarse zapatos porque están en los pies. Y el olor. Los otros también huelen a desgracia pero él huele distinto. A desgracia ya llorada a los gritos y ahora seca, ajada. Debe ser porque es negro. Los negros seguro que no huelen igual. ¿Está triste? La hija le ofrece otra tortita de maíz. El hombre negro la toma con cuidado, como si temiera que se rompiera en el traspaso, que alguna miga se cayera sin sentido. No, estoy preocupado. No quiero comprometer a su familia, señorita, y necesitamos resolver este asunto. Parece triste. La hija insiste. El hombre negro se queda en silencio. Parece haber olvidado que estaban conversando. Come despacio. No responde hasta llegar al final de su tortita de maíz. No, no es momento. Ya habrá tiempo más tarde. Él, él sí está triste. Pobre, se le ha muerto su padre. El hombre negro señala con un dedo discreto al hombre que está apostado en la ventana. La hija se lleva las manos al pecho. Los niños se alarman un poco con el gesto brusco. Tal vez la dirección de las manos le recuerda a la niña que se le debe su alimento o tal vez sea justo la hora de comer nomás, pero la cuestión es que la niñita se acomoda en los brazos, pone su manito

dentro del sobaco de la madre, la mira a los ojos y espera. La madre se demora un momento, duda, a lo mejor le dé un poco de vergüenza, pero después saca su pecho oscuro y lustroso y se lo ofrece a la boquita marrón y urgente de la niña. El hombre negro se limpia las manos en los pantalones y esconde su mirada en el cuaderno. El niñito refunfuña. Se monta también en brazos de su madre, protesta, reclama, lloriquea. Ya va, ya va mi muchacho. Tenga un poquitito así de paciencia. La hija se retira a un rincón y alimenta a sus niños. A los dos. Cada uno va encontrando su sueño glotón. Los deja uno al lado del otro sobre una manta y vuelve junto al hombre negro que escribe o dibuja con la mirada metida en su cuaderno de tapas verdes. La hija todavía tiene los ojos espantados de la noticia. ¿Cuándo ha muerto el padre? Hace pocos días. El hombre negro cierra el cuaderno. La voz se la ha quebrado sin quererlo, pero se repone. Se sienta más derecho y se sume en un silencio lleno de respeto, como si estuviera diciendo una plegaria para sí mismo. ¿La madre vive todavía? La hija interrumpe. No sabe quedarse callada. Es como si el silencio la asustara o la ofendiera incluso. Sí, la madre vive. Pero el padre era todo para él. Entonces los dos dirigen una mirada compasiva hacia el hombre que está apostado en la ventana, que ahora parece más zaparrastroso, más sucio, más hambriento, más frágil. La hija hace el gesto de ir hacia él, pero el hombre negro la retiene. Le toca el codo y los dos se quedan quietos. La muchacha sintiendo la lija de las palmas blancas del hombre negro en contacto con su piel, el hombre sintiendo la piel que ha visto sobada, amasada, lamida, mordida por los dos cachorritos que ahora duermen. Déjelo, señorita, no creo que quiera hablar de su padre ahora. ¿Cómo ha muerto? La voz de la hija es un susurro. El contacto se rompe pero se puede ver el hilo, como una baba de araña transparente pero firme, que une los dedos

del hombre con el codo de la hija. No lo sabemos, señorita, por desgracia él no estaba ahí. Y eso es lo peor. Tendría que haber estado a su lado, tendría que haber muerto con él y está acá, vivo, comiendo tortitas de maíz.

La casa se ha vuelto un trajinar de acá para allá. Doña se afana en la cocina. Su hija más chica la ayuda sin hablar, sabiendo qué necesita antes de que se lo pida. Don Víctor entra y sale; afuera se está asando un puerco. Los varones, entre los que está también el marido de la hija más grande, rodean el asador. Los compañeros del hombre negro tratan de ayudar en la casa o de no molestar. El huérfano sigue parado al lado de la ventana. Come una tortita de maíz con una mano y con la otra sostiene un arma larga y metálica. Está tieso y no quita los ojos del camino. Está de guardia. Se lo puede observar tanto como se quiera porque él no voltea para mirar a nadie. Y el tormento de haberle faltado a su padre, esas balas que debieron haberlo defendido, esa muerte que debió haber muerto para acompañarlo, todo parece apretarse en los dedos que aprietan el fusil. ¿El padre también era…? La hija no sabe qué palabra usar. Sí, su padre era uno de los nuestros. No, su padre era el más nuestro, era… Su padre. Usted también lo quería al padre. Sí, yo también lo quería, pero no como él. El hombre negro se frota los ojos con las manos. Guarda el cuaderno en la mochila y el lápiz en el bolsillo de la chaqueta. La hija se impacienta pero aguanta. Ellos se conocieron un poco tarde, sabe, señorita, recién cuando él tenía dieciséis años. ¿Su padre lo había abandonado? No, no. Uno a veces tiene un padre y no lo encuentra nunca y otras veces no lo tiene y resulta que lo encuentra. La hija frunce el ceño. No entiende pero sí entiende. Entender le da miedo y le da alegría. Al mismo tiempo. Y es tan bonita que duele mirarla. Porque tiene marido pero también porque las mujeres bonitas son para otro tiempo. O para otro lugar.

Desde la ventana viene una tensión. El huérfano se ha dado vuelta y el resto ha buscado sus fusiles. El hombre negro está parado custodiando la puerta. Un hombre con anteojos pesados está parado en la puerta que da al patio. Los otros tres están acostados en el piso. Todos con el arma lista para disparar. Don Víctor ha quedado en la puerta del frente, del lado de afuera, con el pincho de hacer el asado como si fuera el mástil de una bandera. Los hijos y el yerno lo rodean. Quieren parecer tranquilos pero les sale mal. ¿Dónde están esos hombres que vinieron a tu casa por la noche, señor Víctor? Los vecinos no son muchos pero tienen una actitud desagradable. Tráelos afuera para que los podamos conocer. Anoche vinieron mis primos para festejar las Navidades, pero ya se han ido. Don Víctor baja el pincho pero no lo suelta. Tú sabes, señor Víctor, dónde están los guerrilleros. Danos nomás el lugar y te damos la mitad de la recompensa. El vecino que habla se saca el sombrero y se lo pone contra el pecho. Si supiera dónde están se lo hubiera dicho a los soldados. Cuando ellos te pegan quieres tener algo que decir para que terminen de pegarte. Bueno, señor Víctor, si usted lo dice será así. ¿No quieren quedarse a almorzar, vecinos? Niñas, vengan a saludar que tenemos visitas. Adentro la hija más grande se seca la frente con un trapo de cocina. La hermana está muda, pero no muda como antes había estado muda; muda con la voz destrozada en pequeños sollozos. Niega desesperadamente con la cabeza. La hija alta la toma de las dos orejas y la mira fijo a los ojos. ¿Quieres que al papi se lo lleven otra vez los soldados? Las palabras han salido como un siseo de yarará, apenas más audibles que un viento arrastrando hojas viejas, pero ha dado resultado. La hermana bajita se pone de pie y se compone. La mira a su mamá que asiente con el cuchillo cruzado al pecho y sale con la hermana bonita. Pero señor Víctor, qué lindas están

las niñas. Se han vuelto grandes. Los hombres de la familia acomodan los pies en la tierra. Las muchachas saludan con sonrisas y miradas al piso. Los vecinos ríen con estruendo de alcohol y se acomodan los pelos de la cabeza con manos cuarteadas. ¿Por qué no nos presta las niñas para la fiesta del pueblo, señor Víctor? El marido de la hija da un paso al frente, pero los hermanos se le adelantan. Las niñas están grandes, mis amigos. Ellas van a las fiestas que ellas quieran. Si lo desean tienen mi bendición para ir más tarde. Ahora tienen que almorzar con la familia. Como usted diga, señor Víctor. La grasa del puerco cae sobre las brasas y las hacen gritar. El sol pica en la ventana y rebota contra los ojos de los vecinos. Volveremos más tarde, señor Víctor. Nosotros también tenemos familia. Fíjese en el cartel. Dice diez millones por cada uno. El vecino desdobla una hoja y la pone frente a los ojos de Don Víctor. Todos se asoman detrás de su hombro para mirar. Seis fotos. Cinco son blancos, uno es negro. Uno tiene anteojos, otro tiene la cara lisa como un niño, un tercero tiene una nariz grande con la punta doblada hacia abajo, a otro se lo ve con un peinado de foto de documento, con la raya al costado, y otro parece un indio del imperio incaico. Buscados, dice, y ofrecen diez millones por cada uno. Vivo o muerto. Las fotos están un poco borrosas pero se ve que no siempre han sido tan flacos, tan feos, tan desmejorados. Si lo tienen amenazado, señor Víctor, recuerde que usted es nuestro vecino. A mí no me asustan ni los soldados ni los guerrilleros ni los vecinos borrachos. Las muchachas dan un paso hacia la puerta y los muchachos dan un paso hacia adelante. No se ponga a juzgar, señor Víctor. Las Fiestas se han hecho para beber y nosotros sólo queremos un dinero para las familias. Que pasen buenas Navidades. Señoritas. Señores. Los vecinos emprenden la retirada. Adentro el sudor ha bajado por todas las espaldas. Menos por la de los

niños que duermen su sueño de pancitas llenas. El hombre de la ventana mira la espalda de los vecinos. Si se dieran la vuelta y el sol no pegara justo en el vidrio y pudieran ver la mirada del hombre de la ventana, quedarían ciegos. Pero no se dan vuelta. Caminan todo lo recto que pueden cuidando sus sombreros del viento y del polvo. Las muchachas vuelven a entrar. La más joven se va a su rincón y llora. Uno de los hombres sucios y buenos la consuela pero ella no tiene consuelo. Ha pasado el momento más tenso de su corta vida. La hija alta se hace pequeña en los brazos de su madre. Pero ella no llora. Doña tampoco. La abraza y le cruza la espalda con el cuchillo grande que todavía sostiene poniendo blancos sus dedos marrones de tanto apretarlo. El hombre negro sigue firme con su arma custodiando la puerta. Tiene los ojos anudados al hombre de la ventana. Todavía estarán así mucho rato. Aunque los vecinos ya casi no se vean en el camino. Cuando el hombre negro decide que ya ha pasado el peligro les habla a los otros hombres con ese modo de hablar tan lindo, con las vocales grandes y las consonantes apenas insinuadas, pero con voz de jefe. Vamos, vamos. Junten sus cosas. Nos vamos. En tres movimientos todo está en las mochilas y los hombres listos. Navidad no podrá ser, Don Víctor. Pero usted verá que en Año Nuevo nos damos una fiesta. Cuando esté más tranquilo el asunto nos busca donde usted ya sabe. Esperen. Doña habla con una voz de autoridad que ni sus hijos le conocen. Llévense este atadito con comida y llenen sus cantimploras que tal vez no puedan acercarse al río. Pase lo que pase estamos todos contentos de haber sido de ayuda a gente buena.

Los hombres se han ido sin probar el puerco. La familia come en silencio. Todos respiran el sudor viejo que ha quedado dentro de la casa. Los corazones no saben si latir con alivio o con temor. Sólo los niños lloran y ríen llenando de ruido el

silencio. Voy a traer libros y revistas para Año Nuevo, mami, así la gente no se aburre tanto mientras espera acá escondida. Doña mastica una sonrisa y Don Víctor mira a su hija alta y por primera vez siente que no es tan rara. Tal vez incluso se le parezca más de lo que había entendido hasta ahora.